

Un Animal

- por la -



Siempre nos gustó jugar stop. No sé si se juega en otros países, imagino que sí. El juego consiste en escoger una letra del alfabeto al azar, después, cada uno de los jugadores se dispone a escribir en una hoja de papel un nombre, un apellido, una ciudad, un país, un color, un animal y un objeto que se empiecen a escribir por la letra escogida previamente. El jugador que primero termine grita stop y los demás deben dejar de escribir inmediatamente. Por cada acierto se obtiene una cantidad determinada de puntos, si hay aciertos en los que coincidan dos o más jugadores se contabilizan la mitad de los puntos que da un acierto. Cuando se han agotado todas las letras del alfabeto, se contabilizan los resultados parciales y gana el jugador que más haya obtenido puntos durante el juego.

Jugué stop durante varios años con la misma mujer, quien, además de ser mi rival en el juego oficiaba como mi pareja. Ambos conocíamos el juego desde la infancia pero no era lo mismo lo que jugábamos. Para ella representó por mucho tiempo la forma de elevarse sobre los demás niños del barrio. Para mi representaba quedarme en casa porque estaba castigado y no podía salir a jugar fútbol en la calle. Cuando lo empezamos a jugar juntos descubrí que ella conocía las posibilidades del juego de memoria: sabía de



la existencia de apellidos por la Ñ mientras yo protestaba y buscaba el arbitramento de la guía telefónica para terminar descubriendo, siempre con asombro, que el maldito apellido por la Ñ existía y que además hay más de cinco nombres masculinos que inician por la letra Z. Aparte de esta habilidad mnemotécnica y exacerbada por el vigor de la infancia (¡maldito vigor de la infancia!), aquel demonio del léxico, los patronímicos y la soberbia verbal tenía otra habilidad, quizá mas pasmosa y desequilibrante: era capaz de ir pensando las palabras que escribiría en la siguiente ronda; así, mientras yo me destrozaba la cabeza intentando buscar una ciudad por la Q, ella triunfalmente gritaba ¡Stop! y... ¡créanmelo! ya

tenía mentalmente planificados los resultados concernientes a la letra E.

Me impresionaba, me anonadaba... pero lo que más me impresionó fue su modo de romper conmigo. Acabó con todo, sin más ni más, como si lo hubiera estado planeando desde la J, mientras yo, pobre imbécil, me debatía pensando en un animal por la Ñ.

Mientras buscábamos ciudades por la Y, ella ya pensaba en una palabra de cinco letras que empezará por A y terminara en O. Pero esa era la dinámica de otro juego y para ese tenía pensado otro rival y siguió con éxito a la otra partida, la del otro juego, mientras que para mi quedó ese ¡Stop!, un ¡Stop! de aquellos que señalan el final del juego. Y me quedé ahí. Me

demoré un tiempo en sumar los parciales que proporcionaban el resultado final mientras ella se lanzaba a jugar con otro rival.

Finalmente, basta con decir que aun juego stop. Juego solo. Es raro, pero es cierto. He mejorado notablemente. Aún guardo los resultados de la última partida que jugué acompañado, es probable que ella algún día pase por acá reclamando su puntaje.

Mauricio Guerrero Caicedo /

Sociólogo que aprendió a lidiar con la soledad, moviendo la muñeca, tirando los dados y jugando al parqués.

Ilustración / Natalia Ayala Pacini